

Don Luis Guanella

PENSAMIENTOS

“Dios es nuestro Padre”

Compilador: Don Tito Credaro

Como un rosario de jaculatorias se presenta esta serie de pensamientos de Don Guanella sobre el Padre. Hemos seleccionado y reemplazado algún texto para facilitar la comprensión de nuestra gente.

Stella Maris Cao tuvo a su cargo la traducción de esta obra y las consiguientes modificaciones para nuestro pueblo.

Agradecemos a don Tito Credaro por la iniciativa de hacernos meditar con Don Guanella el amor del Padre.

Don Luis Guanella

Pensamientos
"Dios es nuestro Padre"

Compilador
Don Tito Credaro

Congregación Siervos de la Caridad - Obra Don Guanella
Provincia Cruz del Sur
Buenos Aires, 1999

Presentación

El año dedicado al Padre, en preparación al jubileo del año 2000, me pareció una buena ocasión para releer algunos pensamientos de don Guanella sobre la **paternidad de Dios**, que puede ser considerada como la fuente de su espiritualidad. En efecto, de esta fuente mana su confianza en la Providencia, su amor a los pobres (hijos predilectos de Dios), su estilo de benevolencia y de misericordia en el método educativo, el espíritu de familia de sus casas.

Los **pensamientos**, aquí tomados de algunos de sus escritos, son un reflejo de su modo de relacionarse con el Señor: se sentía como un hijo entre los brazos de Dios, su padre amoroso.

En estas reflexiones don Guanella presenta la figura de un buen padre terreno, y se vale de esto para ilustrar las actitudes de Dios hacia los hombres. La figura del padre hoy podría crear problemas, especialmente en los jóvenes.

Una serie de factores socioculturales ha desacreditado la figura paterna, que en los tiempos de don Guanella era aún honrada y amada. Puede ser difícil para muchos acercar el nombre de Dios al nombre del padre, por experiencias tristes en su temprana vida o por no haber tenido la dulce y diligente presencia de un padre terreno.

No obstante, *“el amor paternal de Dios es el único punto firme sobre el cual el mundo puede hacer palanca”* (Kierkegaard), y *“el amor es el corazón del Señor”* (don Guanella). Paternidad de Dios, entonces, quiere decir amor de Dios. Amor que no pasará jamás, y que nos ha manifestado principalmente al enviar a su Hijo a salvar al mundo.

El Hijo, entonces, es la manifestación de la paternidad de Dios. Es por esto que don Guanella repite a menudo en sus

pensamientos: Jesús, nuestro padre. Ve en él el amor concreto, la “misericordia encarnada” del Padre. Es por medio del Hijo que Dios nos manifiesta su paternidad, es por medio de Jesús que nos hemos convertido en hijos suyos.

En estos pensamientos aparece continuamente la figura del hijo. La paternidad de Dios y nuestra filiación divina son como dos polos de una única realidad. Si Dios es nuestro padre, nosotros debemos ser sus hijos buenos. Las relaciones entre padre e hijos (a veces pintorescamente descritas), reflejan ciertamente el ambiente familiar y local de la infancia de don Guanella, que imprimió en su corazón la concepción de un Dios paterno y misericordioso.

Don Tito Credaro
Madonna di Tirano
19 de diciembre de 1998.

Notas:

Estos pensamientos no son un estudio sistemático sobre la paternidad de Dios en Don Guanella, sino una simple recopilación de reflexiones extraídas de algunas de sus obritas, más precisamente de: “¡Oh, Padre! ¡Oh, Madre!”, “El Pan del alma”, “En tiempo sacro”, “En el mes del fervor”, “Vamos al Padre”.

Se pueden encontrar repeticiones. Esto es natural, ya que los textos fueron extraídos de diversos escritos, nacidos del corazón y la mente del mismo autor, don Guanella, atraído por la fascinación del misterio de Dios, nuestro padre.

1. El padre da al hijo la vida y con la vida le da el poder de hacer, el poder de saber, el poder de amar lo que es bueno. Dios Padre, al crear al hombre, pone en su corazón un destello de vida, el Hijo ilumina su mente y el Espíritu Santo santifica su alma; de este modo, la Trinidad augustísima te ama como a una criatura electa, te distingue como hijo santo y querido.
2. Es cordialísimo el afecto que un padre muestra a su hijo. Antes de que el hijo nazca, el padre ruega al cielo por su felicidad. Cuando ha nacido lo cuida y lo ayuda a crecer en sabiduría y santidad. Cuando el hijo ha llegado a ser sabio y sapiente, el padre lo mira como su predilecto, lo quiere como a las niñas de sus ojos... Recuerda entonces que Dios, respecto de ti, es un padre como lo fue para... los santos más ilustres de la Iglesia.
3. El afecto de un padre es tierno. Ama a sus hijos aun antes de su nacimiento. Los ama cuando los mimaba en familia. Porque ama a los suyos, un padre de la mañana a la noche trabaja sin desfallecer... Jesús comenzó a amar a sus hijos desde los siglos eternos. Cuando estos fueron creados, para poblar la tierra, Jesús como un padre amoroso vino a conversar con sus hijos en el mundo y a educarlos para el paraíso.
4. El Señor y Padre Celestial está en medio de nosotros. Si un monarca piadoso o el santo pontífice hubiera hoy entrado en nuestra casucha, estaríamos a su alrededor reverentes, cuidadosos de no omitir nada, ansiosos de hacer de todo para no disgustarlo en lo más mínimo. Jesús, señor y padre nuestro, está entre nosotros y nosotros estamos aquí en su presencia. Hermanos míos, estemos atentos para no ofenderlo de ninguna manera.
5. El Evangelio nos brinda esta advertencia saludable: "*Vigilen*," dice Dios, "*vigilen porque no saben a qué hora llegará el Señor...*" Esta voz que escucharon es la voz de un

padre amoroso. ¡Qué padre tan amoroso! Prestemos atención para saber orientarnos bien.

6. Sucede en ocasiones que un esposo debe dejar a su mujer, que está por ser mamá, y que, obligado por la necesidad, va a vivir a un lejano país. Más tarde le llega la noticia de que ha sido padre de un niño precioso. ¡Cómo se alegra el corazón del padre!... El pequeñito luego crece, alcanza el uso de razón y con deleite escucha hablar del padre. Cuando un buen día entra en la casa una persona querida: *“¡Aquí está papá, aquí está papá!”*. Éste se abraza al hijo y el hijo al padre. En seguida el padre saca sus pequeños tesoros, los muestra y dice: *“Si supieras, hijo, cuánto me cuestan, pero más me alegra poder verte, hijo, y haber podido proveer a tu sustento”*... Hermanos míos, ¿abandonan ustedes al Señor que es su padre, para amar a otros fuera de él? Dios no comenzó a amarlos hace siete años o siete siglos. Los amó desde la eternidad... El Señor, que es sabiduría y amor infinito, pensó *ab eterno* [desde siempre] para dar a cada uno de nosotros todos los medios de santificación que nos proveyó con tanta abundancia, con el misterio de la redención humana.
7. ¡Qué piedad tiene Dios por nosotros! Consideremos el afecto que un padre conserva por un hijo enfermo en su cuerpo, en su mente, o malo en su corazón. ¡Qué compasión por un niño así! ¡Y cuánta misericordia para curar las llagas, cuánta paciencia para tolerar las locuras, cuánta bondad para soportar los excesos! Pero, ¿qué no soporta un corazón de Padre?... ¿Y qué no tolera Dios por nuestro bien? ¡Cuánta ceguera en nuestra mente! ¡Y en nuestro corazón cuántas llagas, y en nuestro corazón mismo, cuántas enfermedades culpables! Y sin embargo, Dios sabe compadecernos y favorecernos.
8. En el paraíso los hijos de Dios son todos santos. Dios Padre es el autor de la santidad. Es imposible ver a Dios y

no amarlo. Es imposible amarlo sin alabarlo. Comienza ahora mismo esa alabanza y con ella nuestra boca anuncie a toda la tierra el nombre del Señor. Que sea alabanza en las obras, hasta el cansancio, como los apóstoles del divino Salvador.

9. Esta es la mesa de nuestro Padre celestial. La tenemos en la tierra, entre nosotros. La tenemos todos los días del año. Cuando sea necesario, está dispuesta a cada hora del día o de la noche. Que nuestro deleite sea siempre saborear esta mesa... En este mundo es el Señor quien preside su mesa, mesa elegida del Señor es el alimento celestial del Cuerpo de Jesús en el Santísimo Sacramento. La mesa del Padre es la oración fervorosa, el servicio que uno hace de corazón.
10. Un padre da muchas cosas a su pequeño. Lo hace con la intención de que el hijo crezca luego en afecto por el padre... Esta manera amorosa tiene Dios con nosotros. Todas las cosas que poseemos, nos las dio el Señor, ¿quién lo niega? Y él ahora podría con razón reapropiarse de ellas. Pero nos lo pide con afecto de padre y dice: *“Dame la mente que posees, purifícala de los malos pensamientos”*. Y ese corazón, lávalo de los malos afectos y luego preséntamelo. Y esos ojos, haz que reluzcan de esplendor... Ah, si nosotros hacemos al Señor ese don, créanme, le ofreceremos la gloria más bella de todas.
11. Estamos en la alegría de la más solemne fiesta de familia... Jesucristo está con sus hijos, nosotros estamos con nuestro padre. Mostrémosle en este día solemne [Corpus Cristi] que queremos ser todos sus hijos queridos. Un buen hijo mantiene la mente atenta para no ser descortés, es de buen corazón para prestar todos los servicios que pueda... El Señor y Padre celestial está entre nosotros... Jesús Señor y padre nuestro está entre nosotros y nosotros estamos en su presencia. Hermanos míos, estemos atentos, para no dirigirle ninguna ofensa. Estemos aún más

atentos para dirigirle palabras vivas, propias de un corazón afectuoso y piadoso.

12. Imaginen, hermanos, que muchos hijos erigieron montañas de contradicciones y colinas de oposición para no entrar en la casa paterna. ¡Qué desgracia para tantos hijos, qué desolación para un padre! Pero si son abatidas esas torres de indiferencia o de odio, entonces se hace del corazón del padre y de los hijos un alma sola, y así es una fiesta de gran regocijo. Juan Bautista, desde el desierto, no se cansaba de predicar a todos: *“Hagan penitencia... destruyan esas montañas de vicio...”*. Escuchemos también estas palabras de Juan y hagamos nuestro un tesoro precioso, la conquista de un alma que se apresura a ir hacia quien la espera, Jesucristo, padre y salvador de todos.
13. Ustedes, padres, pretenden que los hijos les obedezcan. Tienen razón en eso... Fueron ustedes quienes plantaron la casa, son ustedes los más apropiados para dirigirla. Ahora bien, todo esto que exigen de sus hijos, es necesario que todos nosotros lo entreguemos a Dios. Fue Dios quien fabricó la casa de este mundo. Es el Altísimo quien sabe gobernar con sabiduría. Si no obedeciéramos al Señor, ¿a quién obedeceríamos? Por eso, lo que debemos hacer es esto: estudiar todo lo que puede complacer a Dios y luego ejecutarlo con filial afecto.
14. ¡Vean qué buen padre es Jesucristo! Ni bien comienzan ustedes a lamentarse de algún malestar, él corre en seguida para curarlos. ¿Tienen en sus almas la lepra de un pecado mortal?... La lepra infecta toda la vida... ¿Quiéren curarse de ella? Preséntense a Jesús.
15. ¿Cuándo es que un hijo ama a su padre y a su madre con todo el afecto? Decimos que los ama entrañablemente cuando les sonrío y los ayuda en las tareas domésticas, no una o pocas veces, sino cada vez que tienen la posibi-

lidad. Quien nutre en su corazón una verdadera llama de amor de Dios no dice: *"Basta hasta aquí"*. Desea hacer siempre más, porque lo que ofrece le parece demasiado poco en relación a lo que anhela su corazón. Esta es la medida en la que debemos procurar el bien.

16. Una sola cosa debemos hacer. Debemos obrar el bien y luego confiar plenamente en Dios. Procuremos que la conciencia no nos pueda reprochar ningún pecado grave... Fuera de este caso, la gloria más cara que podemos dar a Dios es decirle: *"Confío en que eres padre y salvador"*. Un hijo que diga estas palabras a su padre hace nacer en su corazón una alegría especialísima.
17. Hay hijos que temen no tener nunca suficiente en la vida, y se alejan del padre y desprecian los consejos de la madre... Hay en cambio otros hijos que trabajan en la casa paterna, y estos no se separan de los mandatos del padre y se confortan diciendo: *"Lo que el padre nos dice que hagamos, nosotros lo ejecutamos, y en tanto él proveerá"*. ¡Estos son hijos buenos! Se distinguen por la serenidad que brilla siempre en sus rostros. ¡Si nosotros decimos a Dios estas palabras, cuánto gozará por ello nuestro espíritu!
18. No hay duda que el hijo se sentará a la mesa con el padre. No importa que el padre sea un rey, con tanta más alegría se le acerca el hijo. Jesús es nuestro padre celestial y nosotros, cristianos, sus hijos dilectos. ¡No tengan dudas! Ya el Salvador nos invita repetidamente a la mesa de su Cuerpo santísimo en el sacramento eucarístico. Y ciertamente, Él nos invita con afecto aún mayor a la cena gozosa en el paraíso.
19. Un padre que quizá desde hace tiempo llora a un hijo lejano, como perdido, ¿es posible que, viéndolo en el umbral de su casa, no tenga vivos sentimientos de júbilo?... Dios Padre manda a su Hijo unigénito a buscar a la cria-

tura pecadora. Jesucristo, para localizarla, hace como el pastor que deja las noventa y nueve ovejitas que están seguras, para encontrar la centésima que se ha perdido en la quebrada. Jesús es el padre del pródigo, que no se da paz hasta que se abraza al hijo que vuelve. Jesús es el padre bueno que ha dado la vida por sus hijos.

20. Recordémoslo siempre. Imaginémonos a Dios presente ante nosotros, como el niño que continuamente tiene los ojos dirigidos al padre. Digamos: *“Dios me ve, Dios provee a sus hijos”*.
21. En general, el padre trata a sus hijos con mucha bondad. La bondad es propia del corazón del padre. Sin embargo, al usar estos modos con buen espíritu, no está exento de algún temor. En seguida teme que el hijo se abuse... Por esto, el padre, a su palabra dulce y suave agrega siempre alguna expresión de severidad... Nuestro Padre celestial se comporta de la misma manera con nosotros. El apóstol San Pablo, escribiendo a los suyos en Roma, los exhortaba a mirar a Dios, pero considerando juntamente en él la bondad y la severidad.
22. La más viva consolación aquí es encontrar al propio padre, ponerse en sus brazos y en su corazón verter todos los afectos del propio corazón. Probemos en este mismo momento a hacerlo y sentiremos una inefable dulzura. Nuestro Padre celestial nos invita amorosamente a hacerlo y por el bien que nos desea nos impone incluso un mandato afectuoso...: *“Ámenme”*, dice el Señor y Padre nuestro, *“ámenme con todas las fuerzas de su espíritu, ámenme con todos los sentidos de su cuerpo”*. Al decirlo, usa toda expresión de afecto, porque un padre parece que, en su vida, cobra impulso del afecto que observa en el rostro de sus hijos.
23. Imagínense ustedes a un niño que salta de alegría al ver al padre. He aquí al pequeño: con la aparición del padre, el alma del jovencito se enciende y grita al padre y al

mismo tiempo le tiende sus bracitos y luego corre con sus pasos. Ahora está en brazos del padre. El pequeño se agita por la inmensa alegría y acaricia al padre... y lo colma de besos y caricias. ¡Si nuestro corazón ardiese de afecto como el corazón y el cuerpo de ese niño ingenuo!... De esta manera quiere el Señor que lo amemos, con todo el corazón como un niño devoto, con todos los sentidos del cuerpo, como un buen hijo que no quiere ver, sentir o hablar, que no quiere hacer nada que no agrade plenamente a su padre. Este es un amor verdadero. Y nosotros, ¿cómo amamos a Dios nuestro Padre?

24. Este es el modo en que debemos amar al Señor: debemos desear acercarnos al pecho del divino Salvador, abrir si fuera posible ese costado y llegar al corazón adorable de Jesús, y medir su fuego de amor e internarse en él y vivir de su vida, como el hijito en las jornadas del crudo invierno se calienta las manitos junto al pecho paterno. Delicias del amor santo; quien puede comprenderlas es bienaventurado. Bienaventurados seremos plenamente en el cielo, cuando percibiremos los misterios inefables del divino amor. En tanto, aquí, hagamos nuestro camino como el Padre nos ordena en la ley de sus santos mandamientos. Esta es la prueba constante de nuestro amor.
25. Amar al Señor y por amor del Señor a todos nuestros hermanos: este es nuestro deber. En cuanto al resto, Dios proveerá. Un hijo bueno imita los ejemplos de su padre; encontramos en Lucas esta palabra: *“Sean misericordiosos como es misericordioso su Padre celestial”*. Advirtámoslo en seguida: un hijo bueno muestra buen corazón a sus hermanos. Un cristiano sabio procura ser misericordioso como es misericordioso Dios mismo.
26. El Señor se llama Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo. Un padre, por amor a su hijo, está dispuesto a sufrir y a morir. Padres que me escuchan, retengan este recuerdo; si quieren copiar la piedad de Dios, empleen

con sus hijos esa misericordia y ese amor santo que el Señor en tan grande medida emplea con todos en la tierra... Sean luego todos misericordiosos, como es también misericordioso su Padre celestial.

27. Este es el ejemplo de un jovencito simple. Él no se entristece, sino que confía en su padre. ¡Imitemos también nosotros la simplicidad de ese niño! Nuestro Padre Dios nos mira de corazón. ¿A qué tenemos tanto miedo? Confiémonos a él, confiémonos enteramente.
28. ¿Qué nos enseñan los ejemplos de Jesucristo? Ciertamente esto: a encomendarnos a Dios y poner en él toda nuestra confianza. En el libro de los Proverbios Dios nos habla así: *“Ten confianza en Dios con todo el corazón y no te apoyes en tu prudencia; en todos tus caminos piensa en él y él dirigirá tus pasos”*. ¿Qué cosa mejor podemos augurarnos en esta tierra? Imitemos el buen ejemplo del jovencito bueno: mirar al padre para confiar en él y permanecer seguros.
29. Imitemos al jovencito bueno. Trabajemos con nuestras fuerzas, reflexionemos también con nuestra pobre mente y luego pongámonos en brazos del Señor y digámosle: *“Dime tú, Padre, qué cosa debo hacer en este momento; dame tu ayuda para realizarlo como se debe”*. Permanezcamos luego con plena confianza. Dios ciertamente se ocupará diligentemente de nuestro bien.
30. Somos hijos de un Padre santísimo. Sigamos sus inspiraciones. Dios no deja de hacerse entender a toda hora del día. Se hace entender con sus inspiraciones devotas. Se hace entender con múltiples rasgos de su inefable providencia. Se hace entender incluso en cada pequeña obra de la vida. ¡Cuántas lecciones, cuántas cosas útiles nos ofrece Dios!
31. Aquí está el hijo. No aleja jamás la mirada del rostro paterno. Quiere que lo sostenga a cada paso. Si el niño

debe, a instancias del padre, dar un paso adelante, quiere que el padre lo observe y que esté listo para alzarlo cuando caiga. No porque el niño haya sido ayudado ayer para caminar puede confiarse hoy de sí; necesita que el padre lo asista continuamente. Así somos nosotros en presencia de Dios. Somos pobres niños. Si hasta aquí hemos hecho algún camino hacia el bien, es porque Dios nos dio su ayuda. Para comenzar otro viaje es necesario que Dios nos ayude nuevamente y que lo haga hasta el fin.

32. Imaginemos ante su padre un hijo que ha cometido muchas culpas, pero ahora está arrodillado delante de él y suplica de corazón. Se golpea el pecho, tiene los ojos bañados en lágrimas y gime diciendo: *“He hecho mal... pero no quiero cometer más estas faltas en el futuro... Perdóname, papá clemente”*. Dime, padre, si un hijo te suplica así, ¿es posible que no se apacigüe en seguida tu enojo? Y el Señor, que es mucho más bueno que ustedes, si escucha que imploran piedad, ¿creen que no los absolverá en seguida? Los absuelve, los absuelve.
33. Un padre de familia, cuando se dirige a sus hijos para tener con ellos una conversación afectuosa, dice: *“Sobre todo, les recomiendo la paz”*. Esto mismo nos recomienda nuestro Padre celestial.
34. Imagínense que el Señor se comporta como un padre prudente. Es fácil comprender que un padre confía cosas cada vez mayores y más difíciles de hacer, cuando está seguro de que el niño duplica su dedicación y su atención en las cosas pequeñas. ¿Cuándo es que un padre concede un peso más grave al jovencito? Cuando sabe que todos los días ha llevado yugos más o menos pesados. Y si el Señor obrase así con cada uno de nosotros, ¿qué insolente o presuntuoso osaría oponerse?
35. Para ser bienaventurados en el cielo es necesario conocer los misterios del Señor en esta tierra y practicarlos.

Este mundo es el camino a la patria. La casa de nuestro Padre es el paraíso. A la casa de Dios en el cielo llegan los cristianos que creen y profesan la religión santa.

36. Jesucristo vino y nos habló: creámosle. Dijo: *“Yo soy su padre y ustedes son mis hijos; ¿puede un padre no escuchar los gemidos de sus hijos?”*. Este es el mensaje que continuamente tiene el Señor. ¡Creámosle, creámosle!
37. Alejemos todo temor. Lo lograremos seguramente no por mérito nuestro sino por los méritos de Jesucristo, que prometió escucharnos como padre y salvador amoroso. Fuera, digo, todo temor del corazón. Un hijo que al pedir al padre demuestra desconfianza, no le da verdadera satisfacción... Dios no es como los hombres, débil o malévolo... Comprende nuestras necesidades y puede proveer a ellas.
38. Feliz es el hijo cuando, al mirar al padre, puede decir con seguridad: *“No ofendo jamás gravemente a mi padre. Lo obedezco en cada cosa, independientemente de que ella me contente o me provoque disgusto”*. Nosotros somos los hijos del Señor, debemos serle queridos. Si somos amados por él, nuestro corazón descansa tranquilo. ¿Pero amamos con seguridad al Señor? Para darse cuenta basta pensar cuánto estamos dispuestos a realizar su santa voluntad.
39. En esta tierra, para que un hijo herede es necesario que acontezca un trance doloroso, la muerte del propio padre. En el cielo no sucede así. Dios, que es padre de todos, no muere jamás... Nosotros somos los hijos y la herencia nuestra será Dios mismo. *“Dilo a tu corazón”*, decía Jeremías, *“Dilo a tu corazón y alégrate, que el Señor es tu parte”*. Y desde el cielo escuchamos una voz que nos alienta a decir: *“Yo mismo seré su consuelo; yo, el Señor, los consolaré”*. Pero, ¿cómo es que nosotros suspiramos

por las herencias terrenas y tenemos tan poco en cuenta la herencia celestial?

40. Muchos hijos se esfuerzan por trabajar [en la familia] y muchos realizan emprendimientos de negocios, de industria o estudio. Pero entre todos está el benjamín, que es el último en haber nacido. Este es aún jovencito y realmente no es hábil para igualar los trabajos que ejecutan los otros. Pero más que los demás ama al propio padre. ¡Cuando los ojos del niño se encuentran con los ojos del padre, cuánta ternura! Y cuando el jovencito puede prestar un servicio de ayuda, ¡cómo acude con ansia!... El padre, que todo lo observa, no hay dudas de que ama al tierno jovencito con preferencia sobre todos los demás. Así lo ama, así lo ama. El Señor ama más a los que lo aman más. El no mira la calidad de las obras, sino el corazón con el que se hacen. Ni siquiera tiene en cuenta que uno en el pasado lo haya ofendido.
41. Sucede a veces que un padre, para experimentar el afecto del hijo, lo castiga con admirable criterio. El hijo mira piadoso al padre como perrito fiel que clama piedad del patrón. A este punto, el padre se enternece y deja caer lágrimas de sus ojos. ¡Con cuánta ternura divina el Señor mira a sus hijos atribulados aquí en la tierra! ¿Qué dicen, qué dicen? Soporten de buen ánimo, que serán tanto más queridos por Dios.
42. Es hijo bueno aquél que realiza todo el bien posible. No se fija que esté obligado a emprender una obra. Él ejecuta de buen grado los trabajos ordinarios que le son impuestos, y luego además realiza tantos otros como sean agradables al querido padre. Nuestro padre es Dios. Sirvámosle con amor de hijos virtuosos. Hay cristianos que se contentan con hacer aquello que es estrictamente necesario para no disgustarlo gravemente... Hay otros que no tienen límites en realizar el bien que pueden, con obra o con deseo... Al hacer el bien y al desear hacer más aún,

no dicen jamás basta. ¿Quién no se da cuenta que estos son cristianos muy queridos?

43. Consuélese, almas buenas. Ustedes aman al Señor y Dios las ama. Lo amaron toda la vida. Viven siempre en la casa del Padre bueno o si salieron por un instante... en seguida volvieron a entrar por la puerta de un verdadero arrepentimiento. ¡Dios las bendiga, almas buenas! Los pecados que se cometen por fragilidad y rara vez, pecados que se detestan apenas se vislumbran, Dios los perdona de buen espíritu. Consuélese, almas buenas.
44. Un hijo comienza a mostrarse huraño con el padre y éste le tiene gran paciencia. Para impedirle que el jovencito se insolente más, lo rodea de bondad, lo contenta en sus gustos todavía honestos, lo reprende, pero amorosamente, cuando le parece que se excede... Pero ese hijo desventurado no quiere comprender. Repudia las ternuras como reproches, y las plegarias [del padre] las sofoca con la palabra y con los hechos... El padre se retrae en un rincón apartado y allí da rienda suelta a sus lágrimas y las enjuga...

Cuántas veces el corazón de Jesucristo suspira por el cristiano que se convirtió en un hijo muy ingrato. El Señor se preocupó por esto... Y ahora que el ingrato camina triunfante, el Padre Celestial está en actitud compasiva, suplicando para que vuelva a sus brazos. ¡Inefable bondad del Señor!

45. Estamos en un camino largo, peligroso, intrincado; hay peligro de caída a cada paso. Hay peligro de fieras y hombres que asaltan. ¿Hacia dónde tenderemos la mirada? No a nuestros pies, porque eso no basta. Debemos mirar a lo alto. Si nosotros llamamos a Dios en nuestro auxilio, él se ocupará de nosotros. Y si él se ocupa, ciertamente seremos salvados. Salvo es el hijo que clamando grita al padre, salvo es el siervo que se dirige piadoso al patrón.

46. ¡Pobre salvador divino! Viene a la tierra a decir: *“Amen a Dios que es el padre de todos, respeten a sus hermanos, que son hijos de Dios. Amen a todos”*. Pero los que se rehúsan a perdonar, con los hechos demuestran querer saber más que Dios mismo. Son ambiciosos y tratan de desbaratar la casa del Padre. Jesús dice: *“Amen al Señor los hijos suyos”*. Con esto enseña una doctrina piadosísima, que extiende la paz y la caridad sobre la tierra y la hace llegar hasta el cielo.
47. Con la ayuda de Dios el cristiano todo lo puede... Esta fuerza y esta gracia Dios la concede en proporción a nuestra cooperación. Un jovencito cuando se esfuerza por hacer rodar un peñasco y apenas lo puede mover, en seguida recibe la ayuda del padre. Pero el padre no se incomodaría ni no viera en el hijo tanto deseo.
48. ¡Al paraíso! Es el reino en el que hay banquete asiduo. La tribulación y el dolor jamás se harán sentir. ¡Cómo se goza en un banquete electo! Esta es la mesa en el reino de nuestro Padre celestial. Y no se dice ya banquete y mesa porque allí los bienaventurados no hacen otra cosa más que comer y beber... Jesús hablaba a sus discípulos, que aún eran toscos, y poco entendían de las cosas espirituales. Decía entonces: *“Como en una mesa feliz se contenta el apetito, se contentan los ojos, se contenta el gusto... Así en el reino de mi Padre celestial se saciará completamente el apetito del hombre”*. Se alegrarán los ojos de contemplar a Dios, se alegrarán los oídos de escuchar las armonías angélicas... se saciarán las facultades del intelecto... en Dios tendrán la fuente de toda bienaventuranza. ¿Les parece entonces, hermanos, que conviene aspirar, más que a otra cosa, a este banquete celestial?
49. Jesucristo, verdadero hijo del Eterno, es el padre y pastor nuestro. A él debemos adherir profundamente. Hagamos una alianza santa de nuestros corazones con Dios y tendremos un sostén indefectible. Dice el Señor en San

Juan: *“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. Quien está en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí nada pueden hacer”*. Díganlo entonces a todos: sin Dios, ¿qué puede el hombre? Estrechémonos en santa unión con el Señor. Jesucristo es la buena vid que transmite el vigor hasta nosotros, sus sarmientos, para dar un fruto abundante.

50. Hermanos míos, la iniquidad de la culpa, detestémosla al menos como siervos que aborrecen la culpa por temor del castigo. Plazca al cielo que nos induzcamos a aborrecer la culpa como hijos dolientes por la injuria que hace a Dios padre. Dolerse de ella como hijo amoroso es contrición que ya por sí y con el deseo del sacramento salva del infierno.
51. El Señor, para mostrar que quiere que todos se salven y que ya abrió con este fin un camino pleno, dice estas palabras: *“Sean misericordiosos como es misericordioso su Padre celestial. No juzguen y no serán juzgados. Perdonen, y les será perdonado. Den, y se les dará...”* Buen Dios, ¡qué grande eres en tu misericordia!... Prestemos atención a estas ternuras inefables con las que el Señor provee a la salvación de sus hijos, y consolemos nuestro corazón.
52. Padre amoroso es Dios, nuestro Señor. ¡Cuánto le apena que muchos hijos le desobedezcan! Para hacerlos enmendar habla suavemente a su corazón y si esto no alcanza usa también castigos... No es un buen padre aquél que abandona al hijo equivocado, sino aquél que reprendiéndolo, lo convierte.
53. Imagínense en una casa una prole numerosa, que obedece fielmente al óptimo padre y es infatigable y diligente en el trabajo. Esta familia no puede no prosperar, porque todos colaboran a ese fin. ¡Si los cristianos hijos del Padre celestial se aplicasen con igual atención para obe-

decer a Dios y para trabajar en el campo que la Providencia les ha confiado! En seguida la prosperidad llegaría a los pueblos y la pujanza a una nación entera.

54. El padre que ama dice en ocasiones al hijo: *“obedece o te castigo”*. La madre, que ama aún más, repite lo mismo todavía con mayor frecuencia. Dios, señor y padre tuyo, que te ama más de que todos los padres a sus hijos, te advierte: *“Debes estar atento, porque te puedo sorprender de pronto y castigar”*. Muy de otra manera operan el patrón severo y el juez riguroso... De esto debes entender que, mientras vivas, el Señor no quiere usar contigo el rigor del patrón y del juez, sino la benignidad del padre, por eso te advierte: *“Está atento”*. Dios obra así porque parece que él mismo probara más aflicción al castigar que tú dolor al ser reprendido.
55. Estás en la casa de tu padre: ¿por qué no trabajas como un hijo obediente? El Señor enumera no sólo tus pasos, sino también los pensamientos más menudos de tu mente, los afectos más escondidos de tu corazón. Piensa entonces: *“¡Dios me ve, Dios me ve!”*, y con esta máxima continúa haciendo todo el bien que te sea posible.
56. En la familia de un padre se encuentran hijos buenos e hijos malos. Los buenos, que soportan las prepotencias de los malos, complacen mucho más al padre. Más tarde éste, por ternura afectuosa, en el día de la necesidad ofrece a los hijos buenos todo el apoyo de su casa.

Imagínate que lo mismo sucede en la familia del Padre celestial. Se encuentran en la casa de la Iglesia de Jesucristo los buenos cristianos mezclados con los cristianos malvados, con los mismos rudos infieles. Pero tú debes reflexionar que el Señor desde el cielo todo lo ve, y, así como está lleno de afecto para los hijos buenos, así se enciende de celo por los hijos malos. Por eso tu deber es orar y perdonar, y si mientras tanto un perverso viene a hacerte mal, confórtate diciendo: *“El Señor es mi ayuda”*.

Al decirlo, reanima tu fe, porque si Dios está contigo, ¿qué podrá hacerte el hombre?

57. Tú eres ese jovencito débil. Caes a cada paso que avanzas en el camino de la vida. ¡Cuánta fragilidad!... ¡Cuánto debes humillarte en el abismo de tus muchas culpas! Pero confórtate recordando que Dios es tu padre. El corazón paterno es corazón de gracia y misericordia. ¿Quién no sabe que un padre ayuda con más afecto, cuando percibe que su hijo es más desdichado? Así, si tú te has precipitado en un abismo de culpas gravísimas, basta que gimas profundamente y Dios, en seguida, acudirá y te salvará.
58. Dios emplea contigo la ternura del padre, que en todo tiempo y en toda ocasión educa a su hijo. Te instruye el Señor con los libros divinos de las Santas Escrituras. Te instruye en la santa oración, tanto vocal como mental; apenas te pones a suplicar, Dios suscita en tu espíritu pensamientos saludables, en tu corazón firmes propósitos de bien. Te habla el Señor cuando participas de la Misa, o cuando recibes los Sacramentos o te ejercitas en cualquier obra de bien. Incluso cuando solo, en el silencio de tu casa, te dedicas con las manos al trabajo y con el corazón piensas en Dios, ¿no es cierto que también allí el Señor te educa en las cosas más útiles de la vida? ¿Cómo aprovechas tú estas santas lecciones? Plazca al cielo que mejores cada vez más en la verdad y en la conducta.
59. Tu seguridad está en no confiar solo en ti, sino poner sobre todo en Dios la confianza de tu salvación. El niño que se abandona con ternura a la guía del padre encontrará a cada momento la ayuda de su brazo. El padre, cuando no venga en persona, mandará a su hermano mayor a trazarte el camino. Este será un ministro de Dios iluminado; siguiendo sus consejos sin duda te salvarás. Mientras tanto, tu deber es llamar a menudo al Señor en tu auxilio.

60. Dios está lleno de buenos deseos hacia ti. Basta recordar que para salvarte hizo aquel viaje tan largo, del cielo a la tierra, y tan doloroso como el de Jerusalén al Calvario. ¿Qué dudas, entonces? Dios es padre. ¿Puede un padre no querer la salvación de todos sus hijos? El Señor es tu salvador; tú no llegarás jamás a comprender cuánto Dios anhela tu salvación.
61. Mira cómo te habla desde aquí [desde la cruz] el Señor: *“Es necesario que el Hijo del hombre sea exaltado en la cruz”,* como diciendo: *“El padre de los hombres soy yo, y yo quiero morir entre mis hijos queridos. Yo soy el salvador, moriré entonces para cerrar el infierno y abrir el paraíso. Yo soy el amigo y el hermano de estos desdichados, mi consolación es liberar a todos y salvarlos”.* Éstas son las palabras que Jesús te dirige desde la cruz. ¿Se puede dar en ellas un lenguaje más amoroso?
62. Cuando el divino Salvador a orillas del Jordán fue bautizado por el Bautista, los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y la voz del Padre se escuchó repitiendo: *“Este es mi hijo amado, escúchenlo”.* Se debe entonces escuchar a Jesús porque es verdadero hijo de Dios. Tú que eres hijo adoptivo del Señor debes imitar la caridad de Jesús, porque el hijo debe siempre asemejarse a su padre. No podrás igualar la santidad de Dios, porque eso es imposible. Podrás sin embargo asemejarte a ellos, y esto no sólo es posible sino necesario.
63. Puede ser que tú, al seguir la ley del Señor, seas llamado por Dios por los caminos [de perfección] por los que incursionan los hijos más queridos... Si tú eres llamado a este alto lugar de amor, ¡cuánto debes corresponder con afecto! Porque cuando la confianza es íntima, es bueno que el corazón de los amigos se acerquen en uno solo. Mantén tu lugar y no provoques voluntariamente inju-

rias a tu Señor y Padre, porque él podrá alejarse de ti. Pero si el Señor te abandona, ¿no ves que mueres?

64. La misericordia encarnada es Jesucristo, que para salvar a los hombres vino al mundo. Jesús, que ahora ha retornado al cielo, no hace más que presentar al Altísimo sus llagas y decir: “Perdona, Padre, perdona”. Advierte ahora tú con qué confianza debes dirigirte a Dios para obtener el perdón de tus culpas.
65. La misericordia de Dios es tan grande que aún en esta tierra, cuando se decide a castigar, lo hace con espíritu de profunda piedad. El Señor castiga para que te corrijas, castiga para que los hermanos que te rodean aprendan a temer mejor a Dios. Y cuando deja caer el castigo, lo hace con el pesar que es propio del padre que, cuando está obligado a castigar, parece que sintiera él mismo mayor tormento en el corazón al dar el castigo que el hijo al recibirlo en su cuerpo.
66. Un padre ama al hijo cuando sabe que está en viaje por llegar. El Señor desde los siglos eternos vislumbró que vendrías y desde la eternidad te amó con afecto tiernísimo. Tú, como una semillita llevada por los vientos africanos, llegabas a posarte en el jardín de la Iglesia de Jesucristo, y ya Dios pensaba en amarte y ya proveía para que en este huerto de delicias crecieras lozana como el árbol de la vida. Y luego dime, si puedes, que Dios te ama poco.
67. Jesús, que es tu padre y tu hermano mayor, puso en tierra su trono que es de misericordia. Jesús está sentado sobre él y se aplica a esparcir por doquier sus gracias. Como un día en el portal de Belén así, cotidianamente mientras tú vives, Jesús en el Santísimo Sacramento dispuso en la casita de su tabernáculo un trono adorable, junto al cual todos obtienen la salud que anhelan de corazón.
68. Cuando en el umbral de la puerta encuentras a un hijito,

rostro en tierra, que gime suspirando: “¡Padre, padre!”, tú en un primer momento no sabes cómo juzgar al padre de ese niño. Poco después te encuentras con un hombre angustiado, sudoroso por la fatiga. Él te pregunta: “¿Has visto a mi muchachito venir a mi encuentro?”. Y si escuchas que sí, el padre redobla los pasos y tú, pensándolo mejor, te consuelas diciendo: “El corazón de un padre, ¿quién lo puede conocer bien por dentro?”. Imagina cómo será también, tú mismo en el umbral de la casa de las tribulaciones, con el rostro postrado y bañando con tus lágrimas esta tierra de llanto. Tú llorarás hasta aquí: “Señor, ¿qué haces que no has llegado aún?”. Pero si esperas bien, descubrirás que Dios no tarda en venir. En todo caso tú, como el profeta confiado, consuélate recordando: “Dios es mi padre, llegará al fin y no tardará; si se hace esperar lo aguardaré, porque vendrá y no tardará.”

69. El corazón de un padre se muestra ansiosísimo por proveer a sus hijos el alimento cotidiano de la vida. Cuando los hijos se sientan alrededor de la mesa y gozan de los frutos del sudor del padre, le parece a ese padre que con el bocado de alimento pone en el corazón de los jovencitos parte de su propia vida, para aumentar la vida de los muchachos queridos. Jesús, que es tu padre celestial, provee sobre todo con un cuidado singular a la nutrición de aquella parte que en ti es más importante, es decir, el alma.
70. Si como amigo tú, de tiempo en tiempo, conversas con Jesús, tendrás alegría en el corazón. ¡Qué gozo es el del amigo que estrecha la diestra al amigo! Pero si te detienes más con Jesús y convives con él como hijo con el padre, entonces en tu espíritu experimentas no sólo alegría, sino vivo júbilo. Entonces pruebas más propiamente en ti ese júbilo tan vivo, cuando el hijo derrama en el corazón del padre todos los afectos que siente en su alma.
71. El corazón de un padre está absorto en encontrar conso-

lación para el corazón del hijo. Por esto se esfuerza de día y por esto pasa a veces las noches insomnes... Corazón dulcísimo de mi Redentor, lo sé, lo sé, no deseas otra cosa que la paz de mi corazón. Por esto te esfuerzas en el trabajo de predicación durante el día; por esto pasas las horas de la noche en ejercicio de oración paciente.

72. El corazón de un padre es corazón lleno de ternura, porque al querer hacer el bien a su hijo, equilibra el peso del trabajo a las fuerzas de su cuerpecito. Mientras tanto, mientras el padre... realiza tareas de salvación, no requiere otra cosa del hijo sino que resida en casa... que esté atento a las enseñanzas de la madre, que se dedique en lo que pueda a los pequeños servicios de la familia. El corazón de Jesús es el corazón de ese padre óptimo... Jesús se contenta con que tú lo imites en lo que te sea posible.
73. Jesús con corazón de verdadero padre te invita así. *“Ven, que mi yugo es suave”*. El yugo es el de sus mandamientos. Imagínate que un padre dice a su hijo: *“Hónrame, no me insultes, al llegar la fiesta de mi onomástico, ofréceme algún signo de afecto; respeta a tu madre y a los hermanos, y no ensucies en el fango tu persona. No hagas jamás a los demás lo que no desees para ti mismo”*. ¿Te parece que éste es un razonamiento sabio?
74. Un padre terreno, cuando no ve aparecer a sus hijos, envía al primogénito y le encomienda localizar donde sea a los hermanos perdidos. El Padre celestial, viendo perdidas a sus criaturas, manda a su unigénito Jesucristo para que las reconduzca a él. Él viene y para llevar los hermanos al Padre conmueve los cielos, la tierra, los hombres... Delante de Jesús obedecen los vientos y las tempestades, delante de él los enfermos sanan, los muertos resucitan... Jesús llega con las ternuras del padre, llega con la diligencia del buen pastor, llega como médico, hermano y amigo.

75. Tú que, siendo hijo adoptivo de Dios, deseas complacer al corazón de Jesús tu padre, debes ser su compañero en salvar las almas, como sus apóstoles. Compañero en la oración... compañero para resistir, como los santos mártires del Señor. En relación a ti, ¡cuánto gozará Dios desde lo alto del cielo!
76. Cuando las buenas cualidades de un hijo se asemejan a las óptimas cualidades del alma del padre, entonces se forma entre los dos una conjunción de vivísimo afecto. Jesús, padre de los hombres, quería unir sus afectos y su persona a los afectos y a la persona de sus hijos. Por eso imaginó a tal efecto una cosa que ni mente humana ni inteligencia angélica hubieran podido jamás pensar. Llegado a la vigilia de su pasión y muerte... comió con los suyos el cordero pascual... y en seguida Jesús, tomando en sus venerables manos algo de pan que alzó de la mesa, lo bendijo y lo dio a los apóstoles diciendo: *"Tomen y coman, éste es mi cuerpo"*. Y vertió también vino en un cáliz, lo bendijo y lo entregó diciendo: *"Toman y beban, que ésta es mi sangre..."*. Quien se acerca a la mesa del Señor recibe en don el fruto de caridad. Con la caridad Dios vive en el corazón del hombre y el cristiano vive en el corazón de Jesús... El hijito está en paz cuando está acurrucado entre los brazos del padre; entonces, ¿cómo es posible que no goces tú de tranquilidad, cuando te encuentras entre los brazos de Jesús tu padre?
77. En este mundo nadie mueve un dedo de la mano o del pie si Dios no se lo permite. Entonces puedes estar confiado. Si el enemigo quiere tu mal, es porque Dios, con esto, te quiere aleccionar para que te arrepientas. Tú, entonces, piensa así: *"Quien me castiga es el Padre mío que está en el cielo. Él es bueno y me dará ciertamente ayuda para resistir, es justo y me dará sin dudas mercedes del paraíso. Dios es mi Padre santo y yo he sido ingrato y rebelde"*

con él; está bien que, por castigo a tantas faltas, yo soporte el cáliz de una penitencia”.

78. Representate aquí delante la persona piadosa de un padre, con el cuerpo dolorido y ensangrentado por tu amor, de la cabeza a los pies, que te dice: *“Hijo mío, combate tú mismo hasta la sangre como ves que yo lo hago. Entonces estarás salvado y serás querido por Dios”.* Imagínate que el que te habla de esta manera es propiamente la persona adorable de Jesús tu salvador y padre, el cual por tu amor está amarrado a la columna de la flagelación. Jesús tiene el cuerpo todo traspasado por punzadas vivísimas y el rostro cubierto por su propia sangre... En esta actitud de piedad suma, tú, ¿qué haces? Consúmeme frente a tanto afecto del corazón de Jesús y prométele ser... víctima que se ofrece de buen grado a sufrir por Dios.

79. Mientras tanto, Jesús está allí, sobre el lecho tormentoso de su cruz... Él es tu padre y es piadoso como el pelícano que con la sangre de su corazón nutre a sus pichones. Hermano, si quieres complacer a un padre tan grande, acércate allí y como hijo sorbe con piedad amorosa esas gotas santísimas de sangre que caen de la cruz.

¿Es posible que tú ni siquiera mires a Jesús, mientras él muere para salvarte?

80. ¿Qué cosa podía hacer Jesucristo, tu padre, para darte mayor prenda de amor? Y tú, ¿qué prueba de afecto le presentas? Un padre anhela estar con sus hijos para ayudarlos. ¿Qué dice tu padre? Él habla de esta manera: *“Con tal que mi hijo no sufra, estoy contento de soportar cualquier molestia. Sufriré el hambre y la sed y no me importa ni el calor ni el frío, con tal que logre que mi hijo amado no muera”.* Estas palabras son todas de Jesús tu padre. ¿Qué le importó a él una condena injusta, un viaje angustioso y una muerte tan cruda en la cruz del Calvario? Jesús pensaba en ti.

81. Tú vienes para encontrarte con el Padre celestial. Ven, ven. ¡Qué bellos son tus pasos! Y tu padre, ¡cuánto gozará cuando tú hayas llegado a él! Apúrate, y mientras tanto grita como el pichón de la golondrina para hacerte entender mejor; gime como una paloma piadosa, para que el padre acuda a tu encuentro. El hijo de la golondrina grita y el de la paloma gime mucho, porque saben que para reclamar a la madre el único medio son los lamentos y el llanto. Así hace el niño. Tú mismo recuerdas que cuando muchachito llamabas: “¡Padre! ¡padre!”. Y que, suspirando, gritabas: “¡Pan! ¡pan!”. Tu padre, solícito, se apuraba a ir a tu encuentro, te colmaba de caricias, te llenaba las manitos de regalos. Razona entonces de este modo: si el padre de la golondrinita y la paloma acude con ansia, y si el padre del hijo pequeño se consume de afecto, con cuánta más solicitud se moverá hacia ti el Padre celestial. Prueba a gritar como hace el pichón de la golondrina, a arrullar, o sea a meditar como la paloma, y verás.
82. El padre carnal, porque te ama, parece que no puede estar sin ti. Si un día huyes de casa, el padre manda su primogénito y hermano mayor tuyo a buscarte, para que te reconduzca al abrazo paterno. El primogénito del Padre celestial es el Verbo Eterno, que en la plenitud de los tiempos tomó carne humana de María, hermana tuya inmaculada... Y entonces Jesús vino hasta ti en el desierto de esta tierra. El hijo del Eterno, al reencontrarte, dijo en un exceso de alegría: “*¡Vamos al Padre! ¡Vamos al Padre! Yo te acompaño*”. Mientras tanto, reza de corazón así: “*Padre nuestro que estás en el cielo*”... y puedes estar seguro que pronto alcanzarás el abrazo del Señor y Padre. ¿Qué dices entonces?... Apóyate en la derecha de Jesús, y grita: “*¡Padre! ¡Padre!*” como la pequeña golondrina. Como la paloma pide: “*¡Pan! ¡pan!*”. Y mientras tanto dirige velozmente hacia el cielo las alas del afecto, que Dios Padre se moverá para encontrarte.

83. Tú recuerdas cuando, pastorcito, cuidabas de la grey; entonces tu pensamiento corría rápidamente al padre y a la casa doméstica. Recuerdas cuando estabas en el mostrador del negocio, y cuando estabas sentado en el banco del colegio, lejos del padre querido. Entonces la mente iba en busca del padre, el corazón acumulaba sus afectos, y las lágrimas irrumpían como dos fuentes de los ojos. Para contenerlas, tú gritabas: *“Mi padre está en casa... pronto volveré a ver al padre querido”*... La ternura que sientes por tu padre terrenal te debe conducir a multiplicar en ti el amor hacia el Padre celestial. En medio de las penas de la vida, piensa continuamente: *“Mi Padre y Señor está en el cielo: pronto volveré a ver al Padre”*.
84. Jesucristo en la oración del Pater te enseñó a rezar por ti mismo, y a pedir también por tus hermanos. Por eso junto a ellos tú suplicas: *“Padre nuestro y Señor Altísimo, todos tus hijos te bendigan; todos los hijos esparcidos sobre la faz de la tierra lleguen a ti para abrazarte. Nosotros queremos sólo aquello que tú quieres. Danos, Padre, un pan para vivir. Concédenos el perdón de nuestras culpas para serte siempre queridos. Danos un campo para trabajar, un oficio para realizar, y en tanto cuídanos para que no nos acontezca ningún mal. Así sea, Dios y Padre nuestro”*.
85. Fíjate en la florecilla que brota y crece alrededor del lirio, a partir de una semilla en la que se depositó la potencia de nacer y desarrollarse. Esa florecilla, con su lenguaje, dice: *“yo amo”*. La cría de la golondrina con sus gritos y el corderito con sus balidos claman: *“amo a quien me trajo a la vida”*. La criaturita que retoza en el seno de la madre y el niño que sonrío entre las rodillas de su padre exclaman con lenguaje humano: *“Amo a quien me ama. Te amo, padre amado; te amo, querida madre”*.

A su vez, el lirio que se dobla sobre la florecilla, la ovejita y la golondrinita que a su manera hablan a sus criatu-

ras, la madre y el padre del niño que lo acunan con indescriptible afecto, hablan con corazón de amantes: *“Te amo, hijo, te amo”*.

Las ternuras paternas, los piadosos afectos del hijo, no los olvidas ni un instante... Y tú, ¿cómo amas a un Padre tan grande? Tú estás obligado a amarlo más que nadie... gritando: *“Te amo, Padre, recíbeme entre tus brazos”*.

86. Si un hijo se enferma, mira al padre; si muere, el último suspiro va dirigido al padre. Y si el padre le precede en la tumba, el hijo de ninguna cosa se duele tanto como de no haber amado suficientemente al padre querido. *“¡Gracias, Dios! Eres tú que en el exceso de tu amor extiendes aquí el afecto. Todo en este mundo proclama el amor. Yo me humillo en el abismo de mi miseria, dirijo la mirada a ti y suspiro: te amo, Señor y Padre mío”*.
87. No hay escena más conmovedora que el encuentro de los hijos con el padre. Imagínate que de un campo de trabajo se acercan varios hijos bañados en sudor; imagina que, tras un largo viaje aparezca de la parte opuesta el padre amado, también él cargado de sudor de sangre por los numerosos esfuerzos soportados en beneficio de los hijos. Cuando éstos se abrazan al padre y éste a ellos, creo que Dios Padre, amor por esencia, los mira complacido desde el cielo y dice a todo el paraíso: *“Miren cómo se aman en la misma tierra, miren cómo se aman el padre y los hijos”*.
- ¿Qué me dices?... Tú debes ser ese padre y uno de esos hijos. Seas padre o hijo, cuando oras *“Padre Nuestro”*, debes suscitar en ti un intensísimo afecto. Si en la tierra saludas a tu padre con ternura, en el Paraíso lo harás con júbilo. Cuando allá arriba exclames: *“¡Aquí está nuestro Padre!”*, te sentirás feliz.
88. Tú reza: *“Padre Nuestro”*. Cuando supliques así, recuerda en seguida que Jesús es además tu hermano mayor.

Él nació de María Virgen que es tu hermana, aunque Inmaculada. Entonces propiamente Jesús, mientras es hijo consustancial del Padre, es también tu hermano.

Y hermano mayor porque es el unigénito del Eterno. Y omnipotente, sapientísimo... ¿tú, qué debes hacer?... Tú, cada vez que reces a Dios, debes dirigir la mirada a Jesús y suplicarle que te acompañe al Padre. Tú, cuando te apoyes en la diestra de Jesús, subirás veloz, y llegado a la vista del Altísimo serás recibido con júbilo por el Eterno. Entonces, con la confianza de hijito dilecto, podrás hablar a Dios y obtener lo que es bueno para tu alma, obtendrás todas las ayudas divinas que son necesarias para conducir al Eterno también a los hermanos errantes.

89. Estudia por un momento el corazón de Jesús tu padre y luego resuelve. Jesús quiso ser llamado Padre de misericordia, Rey manso, Cordero inocente, que no se rebela ni siquiera cuando es conducido a la muerte. Jesús soporta a los betlemitas que no quisieron recibirlo. Jesús no condenó a los suyos de Nazaret, que lo quisieron precipitar desde el monte, compadecía a los pecadores, y cuando estos decían: *“Somos reos, perdónanos, padre”*, Jesús se abrazaba a ellos con ternura divina. Recuerda a la adúltera perdonada, a la Magdalena absuelta, recuerda al pródigo agasajado, y fijate tú mismo cuánto es verdad que Jesús perdona. Jesús inculcaba a los suyos que fueran suaves: que no juzgaran a ninguno, que a nadie condenaran.

Cuando los apóstoles, disgustados porque los samaritanos no lo habían querido escuchar, vinieron a decirle: *“Manda que el fuego descienda desde lo alto sobre la ciudad incrédula”*, respondió Jesús: *“Créanlo, créanlo, así no es mi espíritu. Yo vine para que, tolerando a los pecadores, ellos hagan penitencia”*. Este es el corazón de tu padre. En cuanto a ti, debes ser amoroso y benévolo como

Él. Ahora bien, tú, al dirigirte a Dios diciendo: *“Padre nuestro”*, suscita en tu corazón un afecto purísimo por el Señor, y hacia tus hermanos aunque sean imperfectos y pecadores.

90. Dios padre no es como un padre terreno. Un padre aquí, aunque sea rico, debe limitarse al hacer regalos a los suyos. Un padre que está circundado de muchos hijos está obligado a dividir en muchas partes lo que tiene para dar a cada hijo lo que puede. Dios Padre en cambio es rico como un mar, que cuanta agua recibe, la esparce sobre la tierra y jamás disminuye. Dios Padre te premia por los servicios que le prestas, y te mira con amor, como si no tuviera que pensar más que en ti. En esto se asemeja al sol que está en medio del cielo y envía su luz y su calor a la montaña y a la llanura, al escollo como al mar, y mira a todos y al mismo tiempo dirige sus rayos hacia ti como si no tuviera que proveer más que a ti. Por eso, como en todos los rincones de la tierra el sol ilumina, así debes recordar que en cada lugar del mundo el Señor desde lo alto te mira para socorrerte.
91. El hijo que desea complacer al padre comienza a trabajar temprano por la mañana; prosigue también en las horas más calurosas de la jornada; en tanto, si, como los tábanos y los mosquitos molestos, vienen hermanos poco devotos a distraerlos, los hijos buenos se cuidan de ello, y continúan hasta el atardecer el trabajo para ventaja del propio padre. Plazca al cielo que tu continúes hasta el mediodía y del mediodía hasta el atardecer de tu vida: porque un cristiano para ser dilecto debe esforzarse mientras está aquí.
92. Para comprender con cuánto afecto tú debes decir: *“Ven-ga tu reino”*, considera aquí que el reino de Dios Padre es vastísimo. En el cielo el reino de Dios Padre es el Paraíso de los Santos, en la tierra el reino del Padre es la gracia de Dios en el corazón del cristiano justo; y además la

misma gracia del Señor está en el corazón de la Iglesia y junto con su jefe dirige los miembros, que son los fieles esparcidos por todo el orbe. Como te das cuenta, puedes tú mismo, ni bien lo desees, participar de este reino de Dios Padre. Considera aparte este gran reino para decirte a poseerlo tú mismo a cualquier costo.

93. El reino del Padre es entonces el cielo bienaventurado. Tú que eres hijo de Dios, aquí estás en vista del Paraíso que te espera. Obsérvalo con júbilo altísimo. El reino de Dios Padre es vastísimo, porque está hecho para todos los hijos del Señor; es reino riquísimo, porque allí hay gloria y gozo para cada uno; y reino ordenado porque según los méritos se da el puesto de honor y de retribución. En este reino no se sufren más privaciones, hambre o sed, ni ningún dolor, porque allí hay un tranquilo reposo; las obras buenas que se llevaron a cabo aquí hacen feliz la morada de los bienaventurados. En alto, sobre su trono espléndido, está sentado Dios Padre. Piensa que tú mismo en el cielo estarás con Dios, y lo verás cara a cara. Viendo al Señor, te regocijarás en un éxtasis continuo de gozo celestial. Dirigirás la mirada sonriente a María y viendo ceñida su cabeza con la corona de reina, duplicarás tu alegría.
94. Otro reino del Padre es la Iglesia de Jesucristo. En el cielo Padre, Hijo y Espíritu Santo se reunieron en concilio y dijeron: *“Tengamos con los hombres en la tierra mientras viven una gran misericordia”*. Mientras, el Señor erigió aquí el reino de la Iglesia. Este reino es como el arca de Noé, que ofrece oportunidades de salvarse en medio del diluvio de los vicios. La Iglesia de Jesucristo es como una gran ciudad capital que, puesta en lo alto de un monte, ¡es vista desde todas partes del mundo! Imagínate un monte de oro purísimo, del que brotan fuentes cristalinas. Imagina ahora que la gente bebe al acercarse allí, y al saciar su sed en ellas los sanos duplican su

robustez, los enfermos recuperan la deseada salud, y los mismos muertos, imagínate que al contacto con esas aguas resucitan a una vida nueva. ¿Qué dirías de ese lugar y de tales prodigios? Bien, ese monte es figura de Cristo; aquellas fuentes son la gracia de los Sacramentos que surge del costado abierto del divino redentor. Esos pueblos son los cristianos afortunados que gozan en el reino del Padre.

95. Si tú amas y obedeces, alegras el corazón santísimo del Redentor. Jesucristo, tu hermano mayor, ama por esencia al Padre y lo obedece perfectamente porque con el fin de cumplir la voluntad del Padre descendió del cielo a la tierra, y ni siquiera rechazó las agonías del huerto o las más angustiosas de la cruz. Todo eso soportó Jesús, tu hermano mayor, para reencontrarte y conducirte al Padre.
96. Jesucristo, en el altar del Santísimo Sacramento, soporta místicamente las agonías del huerto y de la cruz, y mientras, espera que tú, movido a piedad por él, corras a sus brazos y le des tu corazón. El corazón del cristiano satisface el corazón de Jesús: el buen corazón del hijo contenta plenamente los deseos del padre. Cuando Jesús se inmola víctima al Altísimo, si junto a su corazón puede ofrecer los corazones de sus hermanos menores, Jesús siente en sí ese gozo que prueba un hijo primogénito cuando tras graves sufrimientos conduce feliz al padre a los hermanos menores, que escuchando las insinuaciones de los malvados habían escapado muy lejos.
97. Tu Señor Jesucristo vino a decirte: “*¡Vamos al Padre!*”. Tú agregaste en seguida: “*Vamos, vamos, porque el Padre celestial es el Altísimo. Vamos*”, repetiste, “*y que todos los hermanos del mundo nos sigan; porque es justo que todos glorifiquen al Padre celestial, y que sigan perfectamente sus santos deseos*”. Entonces, ¿qué no hará Dios por ti? Puedes estar seguro. Basta sólo que lo desees, y

Dios te colmará de sabiduría y santidad el alma, y al mismo tiempo te dará lo que es necesario para el cuerpo. La prenda de que Dios no quiere fallarte es que el mismo Jesucristo te enseñó a rezar: *“Danos, Padre, nuestro pan cotidiano”*.

Tú tienes necesidad de un pan para el alma, y te es necesario un pan para el cuerpo. Permanece atento y verás qué mesa excelente te prepara el Señor para el alma. Verás qué mesa abundante te dispone también para el cuerpo.

98. Si tus deudas fueran inmensas como el abismo del mar, y si fueran enormes como la vorágine de un precipicio, tú podrías no obstante arreglar tus cuentas, porque el Señor perdona... ¿Qué te queda por hacer? Queda que te golpees el pecho, y que hagas nacer de los ojos una lágrima veraz. Si das al Padre esta satisfacción, él te abraza en seguida; te recubre con la vestimenta más preciosa de su guardarropas; te pone en el dedo el anillo de su gracia, y te hace readquirir todo el mérito de las obras buenas de la vida, que habías perdido con la iniquidad. Has vuelto, entonces, a entrar en la amistad divina.
99. Tú has visto al hijo de Dios unigénito viniendo a ti, y en un exceso de amor invitarte: *“¡Vamos al Padre!”*. En tanto, para llegar hasta allí te hizo subir el monte Moria y te abrió las puertas para entrar en el templo máximo, la casa del Señor. Esto hizo el Divino Redentor al enseñarte la oración del *Pater*. Pero ahora, ¿cómo subes tú el monte de la santidad y cómo habitas en el templo de la perfección?... Te sucederá ciertamente como a quien sube un monte, o a quien entra a visitar un edificio santo. Entre los que ascienden el monte, se encuentran algunos que se encaminan desganados, y otros que viajan con paso más expedito. Hay luego viajeros que al avanzar parece que tuvieran alas en los pies, y éstos son, entre todos, ciertamente admirables.

100. Al subir el monte de la perfección... tú procuras apurarte con esas alas de águila o de paloma que Dios te ha dado... Por eso, al recitar la oración dominical, debes hacer como quien sube el monte. Éste mira siempre a la cumbre y jamás atrás, a la derecha o a la izquierda. Debes imitar a los devotos que al entrar al templo, en seguida fijan la mirada en el trono de Jesús en el Santísimo Sacramento y no se detienen más que allí, a los pies de aquel Tabernáculo de amor. Cuando están allí, además, permanecen en un recogimiento angélico. Para subir al abrazo del Padre en la gloria celestial te parece que sólo les queda decir: “¡Amen! ¡Amén!”, y que su alegría se confunda con el gozo de los bienaventurados.